

## FAMILIA: ELEMENTO ESENCIAL EN LA FORMACIÓN DEL ESTUDIANTE DE EDUCACIÓN INICIAL

**Luz Adriana Sierra Mora**

**Email:** adrianasierramora13@gmail.com

**Código ORCID:** 0009-0002-5828-1696

Doctorando en Education

Instituto Pedagógico Rural “Gervasio Rubio” (IPRGR)

**VENEZUELA**

**Recibido 17/11/2025**

**Aprobado: 28/11/2025**

### RESUMEN

La educación inicial es la primera etapa donde el sujeto se encuentra en relación con el texto; por tanto, es un escenario desconocido para él donde las personas que se encuentran a su alrededor deben procurar las situaciones y los momentos idóneos que orienten a una adaptación sin ninguna complicación. Partiendo de esto, se hace necesaria la participación activa de la familia en el proceso formativo de los estudiantes, por esta razón, el presente artículo desde la modalidad de ensayo procura hacer un análisis literario- reflexivo sobre la relevancia que tiene la familia en la formación del estudiante de educación inicial, desprendiéndose que a partir de las teorías pedagógicas puede reforzarse la idea existente sobre la importancia que tiene el binomio familia-escuela en pro del desarrollo de los niños y niñas de esta etapa. El proceso educativo en esta etapa no puede concebirse de manera aislada, ya que el entorno familiar actúa como un agente formador que complementa y fortalece la acción pedagógica de la escuela. Reconocer a la familia como elemento esencial en la formación del estudiante implica fomentar su participación activa, promover la corresponsabilidad en el aprendizaje y valorar la riqueza de los vínculos que se gestan en el hogar como base para una educación más humana, significativa y contextualizada. En este sentido, el presente artículo realizado bajo la modalidad de ensayo, desde donde se aspira ofrecer una comprensión sobre la importancia que tiene la vinculación de la familia en el proceso formativo de los estudiantes, sobre todo en las primeras etapas de vida y se escolaridad.

**Descriptores:** educación inicial, escuela, familia, participación

|<sup>1</sup>

---

1- Luz Adriana Sierra Mora. Docente de la Institución Educativa: Instituto Nacional de Enseñanza Media diversificada, INEM “José Eusebio Caro” – Cúcuta, Colombia. Magister egresada de la Universidad Bicentenario de Aragua

**FAMILY: AN ESSENTIAL ELEMENT IN THE EDUCATION OF EARLY CHILDHOOD  
EDUCATION STUDENTS****ABSTRACT**

Early childhood education is the first stage in which the subject interacts with the text; therefore, it is an unfamiliar setting where those around them must provide ideal situations and moments that guide a smooth adaptation. Based on this, the active participation of the family in the educational process of students is necessary. For this reason, this essay-style article seeks to conduct a literary-reflective analysis of the relevance of the family in the development of early childhood education students. It is clear that, based on pedagogical theories, the existing idea about the importance of the family-school relationship for the development of children at this stage can be reinforced. The educational process at this stage cannot be conceived in isolation, since the family environment acts as a formative agent that complements and strengthens the pedagogical action of the school. Recognizing the family as an essential element in a student's development implies encouraging its active participation, promoting shared responsibility in learning, and valuing the richness of the bonds that develop in the home as the basis for a more humane, meaningful, and contextualized education. In this sense, this essay aims to offer an understanding of the importance of family connections in the educational process of students, especially in the early stages of life and schooling.

Descriptors: early education, school, family, participation

## INTRODUCCIÓN

Desde tiempos remotos la familia ha sido la base de la formación de los sujetos, es el primer núcleo social que se conoce; puede definirse como el más importante, donde el sujeto desde su niñez, adquiere las primeras sensaciones de pertenencia, seguridad, aprendizaje y es la estructura que ve como propia. Es aquí donde en su desarrollo paulatino, la familia se considera el pilar esencial en la formación integral de los sujetos, desde aquí su importancia en el proceso de aprendizaje de los niños y niñas. Al respecto Ortiz (2022), señala que:

Los procesos de fortalecimiento de los lazos familiares constituyen un pilar esencial en el desarrollo integral de niñas y niños. Mediante estos, las instituciones educativas pueden comprender y relacionarse de manera directa con las circunstancias y ambientes que rodean a cada familia, abarcando aspectos como sus patrones, prácticas, hábitos, tradiciones, recursos y formas de crianza (p.2).

A partir de esta referencia, la familia se destaca como un agente relevante en el progreso de los niños, por tanto, su presencia en las primeras etapas educativas es de vital importancia porque de esa interacción familia- escuela va a depender en gran medida el éxito en el desarrollo de los estudiantes, permitiendo que los niños se sientan valorados por sus familiares, quienes aportan su presencia y apoyo en su proceso de formación. Desde este enfoque, el presente artículo refiere a la importancia que tiene la familia en la formación del niño, sobre todo en su primera etapa escolar, como lo es la inicial.

Este planteamiento permite visualizar al contexto familiar como un factor clave en la formación de los individuos, y es una relación o nexos que se inicia desde el nacimiento mismo del sujeto, donde los padres en compañía de las madres conforman un binomio que influirá de allí en adelante constituirse como un sistema influyente de manera favorable o desfavorable en el desarrollo del niño. Pues, un seno familiar fundamentado en valores en el respeto, en el manejo emocional adecuado, será un escenario propicio para una formación que aportará seguridad en el niño. Mientras un hogar de irrespeto, discusiones, palabras obscenas, constituirá un lugar de temor, de inseguridad y estas actitudes se verán reflejados en sus relaciones sociales tanto con pares como con superiores.

La familia es crucial para el desarrollo de una persona, siendo la base donde se forjan la moral, las emociones y la personalidad. Este entorno moldea las expectativas y el ser de cada individuo, estableciendo los cimientos para su crecimiento. La relevancia de la familia y la escuela en la formación infantil es innegable, especialmente durante la primera infancia. La dinámica familiar, junto con el afecto y la atención de los padres, son pilares de una educación completa y saludable. La UNESCO (2018) resalta que los padres son los primeros educadores y que una atención temprana de calidad impacta positivamente el desarrollo y aprendizaje de los niños. Además, la organización enfatiza que la familia es el espacio ideal para ampliar el acceso a la educación inicial.

Romagnoli y Cortese (2015) subrayan que:

Cuando las familias se involucran en las tareas escolares, muestran interés en el progreso académico y conversan sobre la importancia de la

educación, los niños perciben que sus familias valoran la escuela. Esto los motiva a esforzarse por aprender más, lo que se traduce en un mejor rendimiento escolar y una actitud positiva hacia la escuela (p.5).

Para la escuela, y en particular para los docentes, resulta fundamental comprender de manera cercana lo que se enseña y se aprende en el entorno familiar, así como identificar las mediaciones posibles que surgen de la vida cotidiana en este proceso. Un compromiso esencial de la institución educativa es acercarse a la realidad familiar de sus estudiantes, valorando los aprendizajes que han adquirido y desarrollado en su hogar. Estos aprendizajes deben ser integrados y proyectados en sus competencias académicas y en su formación integral.

Dese lo anterior, estudiar la importancia que tiene el estudio de la relación familiar con el desarrollo de los niños y niñas desde sus primeras etapas es de gran relevancia, pues se reconoce como principal núcleo o grupo social del sujeto, donde adquiere los primeros patrones conductuales, emocionales, con los cuales se incorporará posteriormente en el contexto escolar. La familia no solo acompaña, sino que co-construye experiencias de aprendizaje que enriquecen el proceso educativo.

Todo lo expuesto se resalta con la finalidad de conducir al lector hacia una visión reflexiva sobre la relación que tiene la familia en el desarrollo de los niños y niñas desde temprana edad, con la finalidad de desarrollar en los docentes una conciencia relativa para promover la integración familiar en las actividades escolares, contribuyendo a la unificación de patrones, valores, culturas y conocimientos.

## Desarrollo temático

La educación en las primeras etapas de la infancia es fundamental para su desarrollo, ya que establece los cimientos para su aprendizaje futuro y su crecimiento social y emocional (UNICEF, 2023). En este proceso, la participación activa de los padres resulta esencial para crear un ambiente de aprendizaje enriquecedor. La implicación de la familia en la educación temprana no solo favorece el rendimiento académico, sino que también contribuye a fortalecer el bienestar socioemocional de los niños. Sin embargo, las estrategias tradicionales de participación parental suelen presentar dificultades, como la falta de tiempo, recursos escasos o el desconocimiento sobre cómo involucrarse de manera efectiva en el proceso educativo.

Actualmente, la calidad educativa, entendida desde una perspectiva integral, se orienta hacia la articulación de múltiples factores y criterios que promueven la excelencia en los espacios de enseñanza. Esto se complementa con el cumplimiento de indicadores que aseguren entornos formativos inclusivos y equitativos para los niños, especialmente en contextos virtuales. Según Ávalos et al. (2021), “alcanzar la calidad educativa representa el propósito fundamental de toda institución comprometida con una gestión global, vinculada al logro de metas, parámetros y estándares previamente establecidos” (p.45).

Para lograr obtener un proceso educativo de gran nivel, resulta imprescindible el compromiso conjunto de los padres en el proceso formativo de sus hijos. En el contexto de la educación virtual, los niños enfrentan dificultades para lograr una apropiada consolidación de sus aprendizajes, dado que tienden a distraerse con mayor facilidad.

Por ello, se subraya la importancia de brindar acompañamiento constante y retroalimentación por parte de los padres, como elementos fundamentales para fortalecer el desarrollo educativo integral.

De igual forma, Jiménez y Quintana (2020) sostienen que:

Garantizar la calidad educativa implica velar por el derecho al Desarrollo Infantil Integral, aspecto que adquiere una relevancia particular en la Educación Inicial. Este nivel educativo requiere un enfoque amplio y complejo, dada la interacción de políticas y programas que inciden en la organización institucional, así como en la planificación curricular y en la aplicación de estrategias pedagógicas, las cuales demandan la participación activa de toda la comunidad educativa (p.19).

Asegurar una educación de calidad supone proteger el derecho al Desarrollo Infantil Integral, especialmente en el nivel de Educación Inicial, donde esta dimensión adquiere una importancia destacada. Este ciclo formativo demanda una perspectiva amplia y multifacética, debido a la influencia que ejercen diversas políticas y programas sobre la estructura institucional, la elaboración curricular y la implementación de estrategias pedagógicas. Todo ello requiere la colaboración activa y comprometida de los distintos actores que conforman la comunidad educativa.

Antes de profundizar en el análisis de este apartado, resulta necesario comprender que el concepto de integración, en términos generales, alude a la incorporación de individuos o elementos dentro de un sistema o conjunto. Según lo planteado por Cárcamo y Gubbins (2020):

Las relaciones entre las familias y la institución escolar se establecen desde el momento en que los niños ingresan por primera vez al aula. En este

contexto, la percepción que el docente construye sobre la estructura familiar y el papel educativo que desempeñan los padres adquiere una relevancia significativa (p.3).

Desde una perspectiva pedagógica, dicha integración debe ser guiada tanto por los actores escolares como por los familiares, promoviendo el respeto por sus diferencias y el reconocimiento de sus capacidades creativas, con el propósito de que el niño se sienta parte activa de la comunidad educativa y que, a su vez, se fomenten valores ciudadanos esenciales para su inclusión y bienestar social. En consecuencia, la familia, como institución con reconocimiento social y jurídico, posee la responsabilidad ética de establecer vínculos con otras entidades estatales, como es el caso de la escuela. Mendoza y Cárdenas (2022) señalan que “cuando las familias se involucran en el proceso educativo de sus hijos, estos desarrollan una mayor motivación por el aprendizaje, ampliando su conocimiento y su capacidad de asombro” (p.3). Asimismo, el interés de los docentes por fortalecer las relaciones con las familias repercute positivamente en el comportamiento y desarrollo de los estudiantes.

A partir de esta realidad, se han promovido diversas iniciativas orientadas a estrechar los lazos entre la institución familiar y el ámbito escolar, con el fin de generar espacios de encuentro y compromiso compartido que contribuyan a la construcción de una educación centrada en los valores y necesidades actuales. Esta colaboración se fundamenta en la convicción de que la familia constituye el entorno natural y primario donde se forjan los primeros vínculos sociales.

En este sentido, el ingreso del niño a la escuela representa su inclusión en una esfera social más amplia y heterogénea que la del hogar, marcando su transición del entorno privado al espacio público, donde comienza a interactuar y aprender a respetar

las diferencias de los otros. Cabe destacar que este paso no implica una pérdida del protagonismo familiar en la formación del niño; por el contrario, reafirma la necesidad de que familia y escuela trabajen articuladamente, fortaleciendo sus roles, para garantizar una educación de calidad a la que todo niño tiene derecho. De ahí surge la relevancia de esta alianza corresponsable.

Por otro lado, se resalta la importancia de fortalecer los vínculos socioafectivos dentro de dicha comunidad, reconociendo que, mediante actividades lúdicas, los niños desarrollan sentimientos de seguridad y motivación que favorecen su desenvolvimiento personal y académico. En este sentido, Núñez (2021) destaca el papel fundamental que desempeñan los padres en las experiencias de aprendizaje de sus hijos, ya que su involucramiento contribuye significativamente al desarrollo de comportamientos positivos en la vida social.

Aunque el concepto de participación en el ámbito educativo es relativamente reciente, ha estado presente en diferentes formas a lo largo de la historia. Según Dueñas y García (2012), “La participación es un proceso que abarca la posibilidad de actuar al formar parte de algo, con el objetivo de generar una reacción, por lo que debe entenderse tanto como causa como consecuencia” (p. 3). En este sentido, la participación se analiza como un resultado, y se busca comprender los factores que la impulsan. Asimismo, Jara (2011) indica que:

En los contextos educativos, una escuela democrática se construye únicamente a través de la participación de los diversos actores sociales

involucrados, incluyendo a la familia. Estos conceptos resaltan que un elemento fundamental de la participación es que las personas con objetivos compartidos puedan colaborar y aportar ideas en la toma de decisiones, manteniendo un rol activo y esencial en el proceso (p. 35).

La participación familiar efectiva puede definirse como la implicación activa y constante de un padre o cuidador principal en la educación de sus hijos, lo cual requiere compromiso y atención en el proceso educativo para motivar a los estudiantes en su aprendizaje. Los padres pueden demostrar su involucramiento en el hogar mediante actividades como leer con sus hijos, ayudarlos con las tareas, dialogar sobre eventos escolares, así como participar en eventos escolares, asistir a reuniones o colaborar como voluntarios en las aulas. Según Sacari et al. (2019):

La participación familiar en el ámbito escolar implica expresar opiniones, tomar decisiones, proponer ideas y reflexionar en los diferentes espacios de la institución educativa. La implicación de la familia en la escuela no es solo un deber, sino una responsabilidad voluntaria y consciente (p. 7).

En los últimos años, la participación de las familias, especialmente de padres y madres en el ámbito educativo, ha sido objeto de debate por tres motivos principales. Primero, las evaluaciones de la Educación Básica muestran cómo la colaboración entre la familia y la escuela está relacionada con un mejor rendimiento académico de los niños. Segundo, se reconoce a los padres como los primeros educadores de sus hijos, evidenciando el impacto positivo que una educación temprana de calidad puede tener en su desarrollo y aprendizaje. Tercero, la familia se presenta como un entorno privilegiado para ampliar la cobertura de la educación infantil.

Según Pizarro et al. (2013), diversos factores fomentan la participación de los padres en el entorno escolar. El primero es que los padres suelen seguir un modelo influenciado por sus propios progenitores y otros adultos significativos. El segundo está relacionado con la percepción personal, donde los padres reconocen que su participación contribuye al éxito de sus hijos. Finalmente, el tercer factor es la existencia de iniciativas por parte de las instituciones educativas que generan oportunidades para que los padres participen.

Para lograr una participación efectiva, es fundamental ampliar la concepción de participación más allá de definiciones limitadas. No basta con asistir a eventos, ofrecerse como voluntarios en actividades extracurriculares o firmar las boletas de calificación. Es crucial promover la idea de que el éxito de los estudiantes es un interés compartido entre la escuela y la familia, considerando a los padres como aliados en el proceso educativo y buscando formas concretas de activar su participación. En relación con los aspectos positivos, Razeto (2016) señala que:

La participación organizada de los padres y apoderados en la vida escolar permite integrar a los diferentes sectores de la comunidad educativa en torno a objetivos y aspiraciones comunes y complementarias, además de facilitar la realización de proyectos de colaboración (p. 13).

Desde una visión infantil, la sociedad ha evolucionado desde una concepción familiar en la que los niños eran considerados una carga, hacia una en la que se valora su potencial para apoyar a sus padres en la vejez, hasta llegar a la actualidad, donde se los percibe como individuos que requieren la protección y cuidado de los adultos. Hemos

pasado de una familia que delegaba la crianza en otros a una que asume la responsabilidad económica, educativa y afectiva de sus hijos, aunque en ocasiones delega parte de estas funciones en otras instituciones durante ciertas horas. Sin embargo, al igual que la infancia no es homogénea, es importante hablar en plural sobre las familias y no referirse a un único modelo; existen familias con ambos padres, familias ampliadas que incluyen tíos y abuelos, familias monoparentales, así como familias de niños en situación de calle, entre muchas otras.

Por lo tanto, a pesar de los beneficios que conlleva la participación familiar en el entorno escolar de sus hijos e hijas, muchas instituciones educativas todavía enfrentan dificultades para definir y evaluar lo que constituye una participación significativa de los padres, y un número importante de ellos siente que sus esfuerzos no han sido exitosos. Las escuelas suelen cometer el error de no involucrar a los padres, ya que creen que no tienen la capacidad para hacerlo y asumen que las familias no desean participar, cuando en realidad estas últimas no saben cómo hacerlo. Según el Ministerio de Educación, Cultura y Deporte (2014), existe una gran diferencia entre lo que los docentes consideran participación familiar y la implementación real de planes de involucramiento parental, dado que reconocen que no saben cómo gestionar las relaciones entre la familia, la escuela y la sociedad.

Considerando la investigación que resalta la importancia de la participación familiar en la educación inicial, está el trabajo de Parra (2017), quien indica que promover la implicación de la familia es un aspecto positivo que se relaciona directamente con una

mayor efectividad escolar. Por ello, los esfuerzos por fomentar este acercamiento son vistos como una estrategia efectiva para mejorar la calidad educativa.

En relación con la educación en la primera infancia y el desarrollo cognitivo y social de los niños, UNICEF (2017) destaca la responsabilidad de los padres en la asistencia de sus hijos a centros preescolares, reconociendo que el proceso de aprendizaje en los primeros años es fundamental. Aunque los padres juegan un papel crucial en el aprendizaje de sus hijos durante esta etapa, también deben garantizar que tengan acceso a centros de educación temprana, donde puedan interactuar con otros adultos y compañeros. Además, es un derecho de los padres recibir orientación sobre la crianza de sus hijos. En definitiva, la educación inicial de los niños es una responsabilidad compartida entre la escuela y la familia.

Es relevante resaltar el estudio de Santibáñez (2018), una investigación exploratoria que busca profundizar en las características de la participación familiar en los procesos educativos y de aprendizaje de los niños. El desafío principal radica en lograr que tanto las familias como las comunidades educativas se integren en la elaboración del proyecto educativo, se comprometan con él y asuman la responsabilidad de contribuir al desarrollo del aprendizaje infantil. Se concluye que el principal reto en la educación preescolar consiste en adoptar un enfoque colaborativo entre la familia y la escuela, lo cual requiere promover cambios orientados a fortalecer la participación y el involucramiento familiar en el ámbito escolar.

El mayor entendimiento del niño, pese a su corta edad, como un ser con características propias y distintas a las de los adultos, ha llevado a las familias a otorgarle mayor autonomía, a escucharlo y a apoyarlo en actividades apropiadas para su etapa, como el juego. Un ejemplo de ello es el cambio en la actitud de las madres respecto a que sus hijos se ensucien, pasando de un temor a aceptar que jueguen con barro, tierra o arena. Otro ejemplo es la eliminación de la estricta separación de juegos considerados adecuados para niños y niñas, en favor de una visión más inclusiva que permite, por ejemplo, que ambos géneros disfruten de actividades como el fútbol.

En cuanto a la disciplina como método pedagógico, aunque aún persisten prácticas de castigo físico y psicológico, también ha habido cambios en América Latina. Las campañas educativas y la difusión de los "Derechos del Niño" han generado una mayor conciencia social sobre los efectos dañinos de ciertas prácticas disciplinarias. A diferencia de las pautas tradicionales de crianza, que no cuestionaban estas prácticas y otorgaban a los padres la libertad de castigar a sus hijos como consideraran oportuno, en la actualidad las sociedades muestran mayor escepticismo y, en muchas ocasiones, reaccionan en contra de ellas.

La figura de quienes ejercen la crianza también ha experimentado una transformación. Se ha pasado de una estructura familiar extendida, en la que participaban abuelos, tías y padres, a una situación más centrada en los padres o uno de ellos como principales responsables. Además, con la incorporación de las mujeres al mercado laboral, los padres están cada vez más involucrados en estas tareas, aunque en Latinoamérica las mujeres siguen siendo las principales responsables. Por otro lado,

en las comunidades urbanas, instituciones especializadas como jardines infantiles y escuelas están asumiendo un papel cada vez más activo en la crianza y educación de los menores.

Mayorquín y Zaldívar (2019) indican que reconocer los aspectos que influyen en la participación de los padres puede ser de utilidad para crear y poner en práctica intervenciones escolares dirigidas a los padres, quienes juegan un papel clave en el rendimiento académico de los niños. En este sentido, se resalta la importancia de la participación familiar, considerada fundamental para el desarrollo del niño durante la infancia y la adolescencia.

Por consiguiente, se ha observado que en las familias que participan de manera constante y activa en la educación de sus hijos, los niños tienden a obtener mejores calificaciones, asistir con mayor regularidad a la escuela, cumplir con sus tareas y mostrar una actitud y comportamiento más positivo en el entorno escolar. Como resultado, estos niños tienen más probabilidades de completar la escuela secundaria y de inscribirse en la universidad en comparación con aquellos cuyos padres tienen una menor participación.

No obstante, aunque la familia es la principal institución social en la formación integral de los niños, los centros educativos representan un espacio necesario para promover y fortalecer el proceso de desarrollo social y personal. La investigación de Bolaños y Stuart (2019) señala que “la actual situación de conflictos en la convivencia

escolar ha llevado a replantear el papel de la familia en la educación de los estudiantes, dado que existe una relación directa entre su influencia y la formación social del individuo” (p. 140). Los autores destacan la importancia de que el Estado implemente políticas que brinden apoyo a las familias, con el fin de garantizar condiciones adecuadas para el cuidado y bienestar de sus hijos, ya que los hábitos de vida promovidos desde el núcleo familiar son esenciales para mantener una convivencia escolar saludable en los centros educativos.

En este contexto, la etapa de educación preescolar, también conocida como educación inicial o infantil, representa un período crucial en el desarrollo integral del niño. En estos primeros años, se establecen las bases para el desarrollo cognitivo, social y emocional que influirán significativamente en la trayectoria futura del individuo. En este proceso de formación temprana, la familia surge como el primer y más influyente agente educativo y socializador. Como afirman Ramos y González (2017), “el primer contexto educativo donde se desarrolla el niño es la familia. El padre y la madre son sus primeros maestros, sus primeros guías y acompañantes” (p.15). Sin embargo, esta función educativa esencial se ve desafiada por tendencias y demandas de la vida moderna, como el individualismo y las presiones laborales, que ponen en duda la capacidad de las familias para cumplir plenamente con su rol educativo, haciendo aún más necesaria una colaboración estructurada con el sistema escolar.

La implicación familiar en la educación preescolar adquiere una importancia crucial. Sin embargo, este concepto no es uniforme ni está definido de manera única; su alcance abarca una amplia variedad de acciones. La participación va más allá de asistir

a eventos escolares, siendo esta una visión limitada que suele prevalecer. Una definición más integral la describe como "la participación activa y constante de un padre o cuidador principal en la educación de sus hijos/as", implicando involucramiento y atención en el proceso de aprendizaje para motivar al estudiante. Mayorquín y Zaldívar (2019) la explicitan como:

La participación en "opinar, tomar decisiones, proponer y discernir en los diferentes espacios de la institución educativa", resaltando que no se trata solo de un deber, sino de una "implicación mental voluntaria y responsable". Se entiende como un proceso, una condición esencial e imprescindible para lograr una armonía en el ámbito educativo. La variedad en su conceptualización puede dar lugar a malentendidos si las familias y las instituciones educativas mantienen expectativas distintas sobre lo que constituye una participación significativa, por lo que resulta fundamental contar con una comprensión compartida y explícita (p.9).

A pesar del reconocimiento generalizado de su importancia, establecer una colaboración efectiva entre la familia y la escuela preescolar presenta diversos obstáculos y dificultades. Además, distintas teorías psicológicas y educativas coinciden en destacar la conexión esencial entre los diferentes entornos que influyen en el desarrollo infantil, brindando un marco teórico sólido para comprender la necesidad imperante de la colaboración entre ambos contextos. Estas perspectivas no solo justifican la relevancia de esta alianza, sino que también ofrecen pautas para diseñar intervenciones eficaces.

La Teoría Sociocultural de Lev Vygotsky sostiene que el aprendizaje es, en esencia, un proceso social y colaborativo. El desarrollo cognitivo no se produce en

aislamiento, sino que surge principalmente a partir de la interacción social con otros individuos. Vygotsky resaltó la importancia de los adultos (padres, maestros) y de los pares más capaces como mediadores culturales, quienes actúan como guías que facilitan el aprendizaje del niño dentro de su Zona de Desarrollo Próximo (ZDP), definida como la distancia entre lo que el niño puede hacer de forma autónoma y lo que puede alcanzar con ayuda.

Desde esta visión, la colaboración activa entre la familia y la escuela favorece un entorno social más enriquecido, coherente y estimulante. Padres y docentes, al trabajar en conjunto como mediadores clave, potencian el desarrollo infantil. Complementando estas ideas, Forno et al. (2019) señalan que una comunicación fluida y un lenguaje compartido entre ambos ámbitos son herramientas fundamentales para apoyar el aprendizaje y la internalización de funciones psicológicas superiores.

La Teoría Ecológica de los Sistemas de Urie Bronfenbrenner ofrece otra perspectiva valiosa para analizar cómo el entorno influye en Estos sistemas externos pueden facilitar u obstaculizar la capacidad de las familias para participar activamente en la educación de sus hijos, influyendo en los recursos, el tiempo disponible y las expectativas culturales sobre los roles parentales. Complementando estas visiones, el Modelo de Participación de Joyce Epstein proporciona un marco práctico y ampliamente adoptado para organizar y fomentar la colaboración entre la escuela, la familia y la comunidad. Epstein (2010):

Al ofrecer diversas vías de participación, tiene el potencial de promover la equidad; sin embargo, este potencial solo se realiza si las escuelas valoran y facilitan activamente

todos los tipos de involucramiento, reconociendo las diversas capacidades y circunstancias de las familias (p.55).

La convergencia de estas perspectivas teóricas (Vygotsky, Bronfenbrenner, Epstein) refuerza la idea de que la colaboración efectiva familia-escuela no es simplemente un complemento deseable, sino un componente fundamental del ecosistema necesario para el desarrollo óptimo del niño. Ignorar o debilitar este vínculo mesosistémico equivale a mermar el potencial de aprendizaje y bienestar infantil.

La evidencia empírica acumulada a lo largo de décadas confirma de manera contundente la trascendencia de una sólida alianza entre la familia y la escuela preescolar. Los beneficios derivados de esta colaboración son multifacéticos y se extienden a todos los actores involucrados: los niños, sus familias y la propia institución educativa. Como señala Razeto (2016), "la importancia que tiene la familia en el éxito académico de un estudiante ha sido comprobada por diversos estudios y se convierte hoy en un hecho irrefutable"(p.19). En primer lugar, el impacto en el rendimiento académico es uno de los resultados más consistentemente documentados.

Los niños cuyas familias participan activamente en su educación tienden a obtener mejores calificaciones, muestran mayor regularidad en la asistencia escolar y cumplen con mayor diligencia sus tareas.<sup>9</sup> Estudios específicos han encontrado correlaciones positivas en áreas clave como la lectura y las matemáticas. Por ejemplo, investigaciones

longitudinales sugieren que las escuelas con redes de comunicación efectivas entre los padres presentan porcentajes más altos de estudiantes con logros elevados en estas áreas. Si bien la participación general parece elevar el rendimiento en matemáticas, algunos estudios indican que se necesita un involucramiento parental "muy elevado" para observar mejoras significativas en el rendimiento en lectura.

El impacto positivo parece ser particularmente pronunciado durante los primeros años de escolaridad. Más allá de lo puramente académico, la colaboración familia-escuela ejerce una influencia profunda en el desarrollo socioemocional y comportamental del niño. Este aspecto es crucial, ya que las habilidades socioemocionales son la base sobre la cual se construye el aprendizaje académico y el bienestar general. La participación familiar se asocia con una mayor autoestima en los niños y el fomento de actitudes y comportamientos positivos hacia la escuela y el aprendizaje. Una comunicación fluida entre padres y maestros contribuye a mejorar el comportamiento del alumno en el aula y reduce significativamente el absentismo escolar; desde allí se deduce que la familia juega un rol esencial modelando el pensamiento, la toma de decisiones, la forma de comportarse y promoviendo el desarrollo de habilidades sociales, la regulación emocional y la resiliencia. El apoyo parental informado y reflexivo actúa como un factor protector. Por lo tanto, enfocar la participación únicamente en los resultados académicos sería una visión limitada; se trata de un proceso que apoya el desarrollo integral del niño.

En este contexto Gaviria (2014), considera que, los beneficios también se extienden a los padres y a la propia escuela. Para los padres, una mayor conexión con

la escuela se traduce en una mejor comprensión del plan de estudios y del progreso de sus hijos, lo que aumenta su satisfacción con la calidad educativa y su sensación de comodidad y bienvenida. Participar activamente puede empoderar a los padres, desarrollar sus habilidades de liderazgo y fortalecer su sentido de eficacia para apoyar a sus hijos.

Para la escuela, la colaboración familiar contribuye a mejorar el clima escolar general, facilita el trabajo docente al proporcionar un mayor conocimiento del alumno y su contexto, y eleva la calidad educativa de la institución; se genera así un círculo virtuoso potencial, según Piazarro (2013):

La participación mejora los resultados del estudiante, lo que a su vez incrementa la satisfacción y la autoeficacia de los padres, motivando una participación aún mayor. La ausencia de esta dinámica positiva, por el contrario, puede llevar a la frustración y al distanciamiento (p.17).

Fomentar una participación familiar significativa y sostenible requiere un enfoque intencional y multifacético por parte de las instituciones educativas. No se trata de esperar pasivamente a que las familias se acerquen, sino de implementar activamente estrategias que construyan puentes, eliminen barreras y ofrezcan diversas oportunidades de involucramiento, reconociendo que "una estrategia que funciona en una escuela puede no ser la mejor opción para otras". Un pilar fundamental es crear un clima escolar acogedor y de confianza. Las escuelas deben "aceptar a las familias tal y como son" y establecer relaciones basadas en el respeto mutuo, el diálogo abierto y la confianza. Esto implica "dar voz y compartir la autoridad", reconociendo a las familias

como socios valiosos en el proceso educativo. Las escuelas deben adoptar un rol proactivo para invitar y acoger a todas las familias, asegurándose de que se sientan bienvenidas y valoradas. La comunicación efectiva y bidireccional actúa como el eje central sobre el cual giran las demás formas de participación (Ramos, 2014).

Es crucial establecer canales claros, regulares y coordinados, utilizando una variedad de métodos para llegar a todas las familias: reuniones (generales, tutoriales, individuales), notas escritas, boletines informativos, llamadas telefónicas, correos electrónicos, sitios web actualizados, aplicaciones móviles, tableros de anuncios y cartas personalizadas. La comunicación debe ser genuinamente bidireccional, permitiendo un flujo de información tanto de la escuela al hogar como del hogar a la escuela. Es esencial que la información compartida sea clara, práctica, relevante para el progreso del niño y accesible, considerando posibles barreras lingüísticas (ofreciendo traducción) o de otro tipo. Apoyar el aprendizaje en el hogar es otra estrategia clave; esto implica proporcionar a los padres información concreta y estrategias prácticas sobre cómo pueden fomentar el aprendizaje de sus hijos en casa: ayudando con las tareas, estableciendo rutinas diarias (incluyendo alimentación y sueño adecuados), leyendo juntos, limitando el tiempo de pantalla y hablando sobre las actividades escolares. Las escuelas pueden ofrecer talleres, videos o folletos sobre desarrollo infantil, estrategias educativas específicas o cómo navegar el sistema escolar (Escuela de Padres).

A pesar del consenso sobre su importancia y la disponibilidad de estrategias, la participación familiar efectiva en la educación preescolar enfrenta numerosos obstáculos. Estas barreras son complejas y a menudo interrelacionadas, originándose tanto en las

circunstancias y percepciones de las familias como en las prácticas y actitudes de las instituciones escolares. Abordar estos desafíos requiere una comprensión matizada de ambas caras de la relación. Desde la perspectiva de las familias, una de las barreras más citadas es la falta de tiempo, debido a extensas jornadas laborales, responsabilidades de cuidado de otros familiares u otras obligaciones apremiantes.

A esto se suman, en ocasiones, sentimientos de incapacidad o inseguridad; algunos padres pueden sentir que no poseen los conocimientos o habilidades necesarios para ayudar a sus hijos académicamente o para interactuar eficazmente con la escuela. Las experiencias escolares negativas previas de los propios padres también pueden generar desconfianza o reticencia a involucrarse. Otros factores incluyen la falta de interés, la apatía o la comodidad, o la percepción de que la educación es responsabilidad exclusiva de la escuela. El desconocimiento sobre cómo participar o qué espera la escuela de ellos también puede ser un impedimento. Además, factores socioeconómicos y culturales juegan un papel crucial; la pobreza, el bajo nivel educativo de los padres, las barreras lingüísticas o las diferencias culturales en las expectativas sobre la educación y los roles parentales pueden dificultar significativamente la participación.

El estrés familiar, problemas de salud o la falta de recursos básicos también limitan la energía y capacidad de involucramiento. Por parte de la escuela, las barreras pueden ser igualmente significativas. Un clima escolar poco acogedor, donde las familias no se sienten bienvenidas, respetadas o valoradas, es un fuerte disuasivo. La comunicación

ineficaz, unidireccional o que no considera las necesidades de todas las familias (idioma, accesibilidad) también crea obstáculos.<sup>9</sup> Los horarios inflexibles para reuniones, talleres o actividades voluntarias que coinciden con los horarios laborales de los padres limitan la participación de muchas familias.

El análisis de la literatura especializada reafirma de manera inequívoca que la participación activa, continua y colaborativa de la familia constituye un pilar fundamental e insustituible para el éxito educativo y el desarrollo integral de los niños y niñas durante la crucial etapa de la educación preescolar. Los beneficios, que abarcan desde mejoras en el rendimiento académico hasta el fortalecimiento de la autoestima y el desarrollo de habilidades socioemocionales, son demasiado significativos como para relegar esta alianza a un segundo plano.

Las bases teóricas proporcionadas por enfoques como la teoría sociocultural de Vygotsky, la teoría ecológica de Bronfenbrenner y el modelo práctico de Epstein, convergen en la idea de que el desarrollo infantil es inherentemente contextual e interactivo, haciendo de la conexión hogar-escuela un elemento central del proceso educativo, no un mero añadido. La implementación de estrategias variadas, que van desde una comunicación efectiva y el apoyo al aprendizaje en casa hasta el voluntariado y la participación en la toma de decisiones, ofrece múltiples caminos para construir esta alianza vital.

Sin embargo, la realización plena de este potencial se ve obstaculizada por una compleja red de barreras que emanan tanto de las familias como de las propias instituciones escolares, así como de factores contextuales más amplios. Superar estos

desafíos exige un compromiso genuino y una responsabilidad compartida. Las escuelas deben adoptar un rol proactivo, creando climas de confianza, implementando estrategias inclusivas, flexibles y culturalmente sensibles, y, de manera crucial, invirtiendo en la formación y el desarrollo profesional de su personal docente para equiparlo con las competencias necesarias para trabajar eficazmente con la diversidad de familias. Mirando hacia el futuro, es esencial continuar investigando y disseminando prácticas exitosas de colaboración familia-escuela en pro del desarrollo integral de los niños y niñas.

El Ministerio de Educación de Colombia (2020), en el documento titulado *Alianza Familia-Escuela: una estrategia para promover el desarrollo integral de niñas, niños y adolescentes en su trayectoria educativa*, sostiene que: “tanto la familia como la escuela son actores fundamentales para el ejercicio de los derechos de las nuevas generaciones, permitiéndoles alcanzar metas personales que les ayuden a construir una vida auténtica, con propósito y sentido” (p.3). Tal como afirma una representante del Ministerio, cuando ambos sectores trabajan de manera articulada, se crean condiciones propicias para garantizar el bienestar, el aprendizaje y el desarrollo integral de la infancia y adolescencia. Asimismo, esta colaboración contribuye a facilitar el acceso y la permanencia de los estudiantes en el sistema educativo, y se convierte en un apoyo clave para la construcción de sus sueños y proyectos de vida.

Esta relación entre familia y escuela se reconoce como una de las más relevantes dentro de la comunidad educativa, no solo por su impacto en la formación, sino por el valor que aporta a la investigación educativa. Estudiarla permite comprender cómo ha evolucionado su vinculación a lo largo del tiempo y por qué resulta fundamental fortalecerla en el contexto actual.

La cooperación entre la familia y la escuela constituye un pilar esencial para el desarrollo educativo del niño. La implicación activa de los padres en el entorno escolar transmite al niño el mensaje de que la educación ocupa un lugar prioritario, lo que genera un estímulo significativo que lo impulsa a comprometerse con sus estudios y aspirar a un alto desempeño académico.

El diálogo constante y la participación conjunta favorecen la creación de espacios de intercambio sobre el progreso del estudiante, sus fortalezas y las áreas que requieren atención. Esta articulación permite que docentes y familias trabajen en conjunto para identificar y superar las dificultades que puedan surgir en el proceso de aprendizaje, asegurando así que se atiendan las particularidades y necesidades individuales del niño.

Desde lo planteado, la presente producción se orientó a realizar un recorrido teórico que promueva la reflexión entre la integración de la familia de una manera activa a la actividad académica de los niños y niñas, sobre todo en la etapa de educación inicial, cuando se están integrando a los escenarios sociales con una gran variedad de personas a su alrededor, reconociendo en este caso, a la familia como el primer vehículo transitorio, entre la realidad y el ser de cada sujeto. Partiendo de una visión contextual, que permita la adquisición de conocimientos tanto conceptuales, como procedimentales

para resolver las diferentes situaciones que puedan presentarse en sus contextos inmediatos.

## REFERENCIAS

- Carcamo, H. y Gubbins, V. (2020). Representaciones de la Relación familia escuela de los formadores del Profesorado para la Enseñanza Básica. *Rmie*, 25(86), 549-573. <https://www.scielo.org.mx/pdf/rmie/v25n86/1405-6666-rmie-25-86-549.pdf>
- Dueñas, L. R. & García, E. (2012). El estudio de la cultura de la participación, aproximación a la demarcación del concepto. *Razón y Palabra*, 80, 1-18. <https://www.redalyc.org/pdf/1995/199524426008.pdf>
- Epstein, J. L. (2011). *School, family, and community partnerships: Preparing educators and improving schools*. Westview Press
- Fornos, M., Hernández, P., & Lugo, R. (2019). Acompañamiento familiar como una estrategia pedagógica en el proceso de aprendizaje de una niña, con posible trastorno de bipolaridad infantil en el colegio "Mis primeros Pasos II" (Tesis de pregrado). Universidad Nacional Autónoma de Nicaragua, Managua. Nicaragua.
- Gaviria, A. (2014). *Alguien tiene que llevar la contraria*. Planeta.
- Jiménez, A. M., & Quintana, L. S. (2019). Calidad en la educación inicial, desafío aún pendiente en América Latina. *Hallazgos*, 17(33), 103–132. <https://doi.org/10.15332/2422409x.5025>
- Mayorquín, E. & Saldívar, A. (2019). Participación de los padres en el rendimiento académico de alumnos de primaria. Revisión de literatura. *Revista Iberoamericana para la Investigación y el Desarrollo Educativo*, 9(18), 1-30. Disponible en: <http://www.scielo.org.mx/pdf/ride/v9n18/2007-7467-ride-9-18-868.pdf>
- Mendoza Santana, M. I., & Cárdenas Sacoto, J. H. (2023). Importancia de la participación familiar en la educación de los estudiantes del nivel inicial. *Estudios Del Desarrollo*

- Social: Cuba Y América Latina, 10(2). Recuperado a partir de <https://revistas.uh.cu/revflacso/article/view/3421>
- Ministerio de Educación Nacional (2020). Alianza Familia –Escuela, una estrategia para promover el desarrollo integral de niñas, niños y adolescentes en su trayectoria educativa. Disponible: [https://www.mineducacion.gov.co/1759/w3-article-399775.html?\\_noredirect=](https://www.mineducacion.gov.co/1759/w3-article-399775.html?_noredirect=)
- Pizarro, P., Santana, A. & Vial, B. (2013). La participación de la familia y su vinculación en los procesos de aprendizaje de los niños y niñas en contextos escolares. *Diversitas: Perspectivas en Psicología*, 9(2), 271-287. <https://www.redalyc.org/pdf/679/67932397003.pdf>
- Pizarro, P.; Santana, A. & Vial, B. (2013). La participación de la familia y su vinculación en los procesos de aprendizaje de los niños y niñas en contextos escolares. *Diversitas: Perspectivas en Psicología*, 9(2), 271-287. 9
- Ramos, G. (2014). La participación de los padres en los procesos educativos. Universidad de Granada.
- Razeto, A. (2016a). El involucramiento de la familia en la educación de los niños. Cuatro reflexiones para fortalecer la relación entre familias y escuela. *Revista Páginas de Educación*, 9(2):1-26. <http://www.scielo.edu.uy/pdf/pe/v9n2/v9n2a07.pdf>
- Razeto, A. (2016b). Estrategias para promover la participación de familias en la educación de niños en escuelas chilenas. *Educação e Pesquisa*, 42(2), 449-464
- Romagnoli, C. & Cortese, I. (2015). ¿Cómo la familia influye en el aprendizaje y rendimiento escolar? Ficha VALORAS actualizada de la 1ª edición “Factores de la familia que afectan los rendimientos académicos” (2007). Disponible en Centro de Recursos VALORAS: [www.valoras.uc.cl](http://www.valoras.uc.cl).
- Sacari, W., Aza, P., Anaya, J. & García, J. (s.f.) Participación familiar en la educación escolar peruana. *Revista Innova Educación*, 1(1), 6-18. <https://revistainnovaeducacion.com/index.php/rie/article/view/1/405>

- Sánchez R. (2011). Un recurso de integración social para niños/as, adolescentes y familias en situación de riesgo: los centros de día de atención a menores. Tesis doctoral. Universidad de Granada.
- UNESCO. (2004). Participación de las familias en la educación infantil latinoamericana. UNESCO.
- Unesco. (2018). Participación de las familias en la educación infantil Latinoamericana. <https://unesdoc.unesco.org/ark:/48223/pf0000139030>
- UNICEF. (2023). Financiación adecuada, formación profesional continua y colaboración. In Unicef.org
- Vigotsky, L. (1979). El desarrollo de los procesos psicológicos superiores. Barcelona: Grijalbo. 21